

III Semana de Adviento

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD

JUEVES

a.- Is. 54, 1-10: Te quiero con misericordia eterna.

b.- Lc. 7, 24-30: Testimonio de Jesús sobre el Bautista.

En la primera lectura, Isaías nos introduce en el diálogo de amor, entre Yahvé y su pueblo, en clave matrimonial, una llamada a la esposa que de estéril se hace fecunda, de abandonada o repudiada ser llamada nuevamente. El destierro de Babilonia es un castigo, pero ya ha pasado, es tiempo de volver a llamar a la esposa, con palabras de amor (vv. 5-8). Es el esposo, al que se une la esterilidad, de las mujeres de los patriarcas, Sara, Raquel, Ana, fueron fecundas por el poder de Dios. De esta forma, los hijos de la abandonada, serán más que los de la casada. Quizás, se puede ver aquí, una interpretación de la profecía del Enmanuel de Isaías, cumplida en Cristo Jesús. Esta Jerusalén del futuro, deberá aumentar sus tiendas, para cobijar a todas las naciones en sí, no tiene nada que temer, ni su pasado en Egipto ni lo que vivió en Babilonia, porque tiene por esposo al Hacedor, el Señor de los ejércitos, su Redentor, el Santo, al único Dios. Jerusalén, fue desolada y abandonada, pero no repudiada; como esposo dolido por la infidelidad de su esposa, Yahvé reconoce que la abandonó a su suerte, y tuvo cólera contra ella, para finalmente, renovarle su amor eterno y compasivo. Hace memoria de los tiempos de Noé, cuando castigó a la tierra por un tiempo, pero su amor es para siempre; ahora el destierro babilónico ha pasado, pero su alianza de paz es para siempre. Semejante amor de Dios, manifestado por la Iglesia, como esposa amante, la encontramos sólo en la persona de Jesucristo, que entrega su vida por ella.

El evangelio nos presenta el elogio y la definición de la personalidad del Bautista, en labios de Jesús: "Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: He aquí que envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino. «Os digo: Entre los nacidos de mujer no hay ninguno mayor que Juan; sin embargo el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él. Todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, haciéndose bautizar con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los legistas, al no aceptar el bautismo de él, frustraron el plan de Dios sobre ellos" (vv. 26-30). Su misión, es ser mensajero que prepara los caminos del Mesías, por lo mismo, es el más pequeño en el Reino de los Cielos. Por nuestra condición de bautizados, no podemos frustrar el plan de Dios en nuestra vida, como lo hicieron los fariseos, que no aceptaron la conversión predicada por Juan, y mucho menos, la buena noticia predicada por Cristo. En cambio, los publicanos y pecadores se abrieron a la conversión, y al bautismo de Juan, aceptaron el mensaje de Cristo, alcanzaron el perdón de sus pecados y están en vías de salvación. El Bautista es un profeta del desierto, servidor de la verdad. Hombre sincero, recto, su amor a la verdad le costó la vida. La humanidad del Bautista y su humildad, hacen de él un hombre sensato. Podría haber usado su influencia en las masas a su favor, pero no, estaba al servicio de otro ministerio mayor: "El que tiene a la novia es el

novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya" (Jn. 3, 29-30). Su mejor presentación, es la de ser testigo de la luz. Preparó los caminos y los corazones de los hombres, para discernir los signos de los tiempos mesiánicos, presentes en Jesús de Nazaret. Del Bautista, aprendamos en este tiempo santo de Adviento, a convertirnos a Dios y al hombre, en justicia y amor. La fe y la conversión, nos hacen descubrir el inmenso amor de Dios, convertido en salvación y misericordia que perdona lo que redundará necesariamente en amor al prójimo.